

PONTIFICIO CONSEJO PARA LOS LAICOS

LA FORMACION
DE LOS LAICOS



CIUDAD DEL VATICANO 1987

PONTIFICIO CONSEJO PARA LOS LAICOS

LA FORMACION
DE LOS LAICOS



CIUDAD DEL VATICANO 1987

ABREVIACIONES

CT *Catechesi tradendae*. Exhortación apostólica de Su Santidad Juan Pablo II... sobre la catequesis en nuestro tiempo. 16 de octubre, 1979.

Documentos del Concilio Vaticano II

AA *Apostolicam actuositatem*. Decreto sobre el apostolado de los seglares.

AG *Ad gentes divinitus*. Decreto sobre la actividad misionera de la Iglesia.

GS *Gaudium et spes*. Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual.

LG *Lumen gentium*. Constitución dogmática sobre la Iglesia.

OT *Optatam totius Ecclesiae renovationem*. Decreto sobre la formación sacerdotal.

PC *Perfectae caritatis*. Decreto sobre la adecuada renovación de la vida religiosa.

SC *Sacrosanctum concilium*. Constitución sobre la sagrada liturgia.

INTRODUCCION

Con esta publicación sobre la formación de los laicos, el Pontificio Consejo para los Laicos desea dar una aportación al Sínodo de los obispos de este año. Entre todos los puntos que abarca el estudio del tema « *Vocación y misión de los laicos, en la Iglesia y en el mundo, veinte años después del Concilio Vaticano II* », la formación tiene una importancia muy grande. Los laicos, en efecto, no pueden vivir su vocación, y cumplir con su misión, si no reciben « una formación multiforme y completa » (AA, 28). Esta afirmación del Concilio Vaticano II expresa una constante preocupación de la Iglesia.

Al aproximarse el año 2000, la Iglesia debe responder a un reto extraordinario para evangelizar al mundo entero. La falta de fe en Dios —en todas sus manifestaciones y con todas sus implicaciones— constituye la crisis más profunda de nuestro tiempo. La Buena Nueva de Jesucristo debe ser anunciada a todos. Y como la Iglesia entera es responsable de esta misión, es esencial que los fieles laicos estén bien formados para vivir como auténticos discípulos de Jesucristo y ser testigos de su fe en un mundo descreído.

Pero ¿cómo formar a los laicos en su vocación, y para su misión, en la Iglesia y en el mundo? La IX y la X Asamblea plenaria del Pontificio Consejo para los Laicos (noviembre de 1985 y junio de 1986) reflexionaron precisamente acerca de esta pregunta. La presente publicación es fruto de tal trabajo e incluye tres textos:

— El discurso de S. E. el Cardenal Eduardo Pironio, con motivo de la inauguración de la IX Asamblea Plenaria del Dicasterio. Este presenta tres puntos de reflexión referentes a los *objetivos de la formación de los laicos*.

— La ponencia de S. E. Mons. Paul J. Cordes, durante esa misma Asamblea, para introducir el trabajo en grupos. Esta trata,

brevemente, de *la red de relaciones que contribuyen a la formación, a la luz del Nuevo Testamento.*

— Un documento en forma de *proposiciones* cuyo objeto es poner de relieve los distintos aspectos del proceso de formación de los fieles laicos. Las 12 proposiciones fueron elaboradas, principalmente, a partir de las intervenciones de los miembros, según el resultado de las investigaciones efectuadas por el Consejo sobre ese mismo tema a finales de los años 70 (cf. *Servicio de documentación* del Consejo n. 5, febrero de 1979). Se han tomado de la experiencia de los miembros del Dicasterio y en ellas se ha procurado condensar las principales líneas relativas a los temas que emergen del material utilizado. Algunas breves referencias bíblico-teológicas introducen cada proposición y explican su contenido pastoral. Las proposiciones están estrechamente unidas y se deben leer en correlación, sin olvidar, sin embargo, que no se trata de un estudio sistemático de la formación de los fieles laicos, sino que ellas representan un punto de partida para efectuar una reflexión más amplia y concreta en las Iglesias locales, en los movimientos y en las asociaciones de fieles.

La formación de los laicos puede considerarse, en general, en el contexto cristiano, como el proceso por el cual una persona se convierte en discípulo de Jesucristo. Es difícil darle una definición, pues es algo que se realiza cada vez que los laicos viven la comunión eclesial y participan en la misión de la Iglesia. Existe una continua interacción entre la formación cristiana como actividad formal y sistemática, y la vida cristiana; entre la preparación y la experiencia. Ambas hacen parte del proceso de formación.

La formación —en cuanto proceso— es algo continuo, que dura toda la vida y no se completa nunca. La persona es llamada a aceptar, asimilar, comprender y poner en práctica el don de la fe. Es una invitación que viene de Dios y se realiza en la Iglesia. Una invitación para todos los bautizados. Todos están llamados a responder a ella y a comprometerse. En la actualidad, hay una gran necesidad de formación; deberá solucionarse mediante una acción decidida, tanto por parte de los que son llamados a recibirla, como de los responsables de la pastoral en la Iglesia.

Los textos que se presentan a continuación contemplan ciertos aspectos de la formación: su lugar, sus destinatarios, sus medios, sus métodos; su contenido, sus estilos, sus contextos y, desde luego, sus objetivos. Su fin fundamental es la relación con Jesucristo que unifica todos los demás objetivos e informa cada uno de sus aspectos. La formación, en efecto, debe fomentar esta relación con Cristo mediante la conversión y la transformación a imagen suya. Para los laicos, este proceso se halla estrechamente vinculado a su presencia apostólica en el mundo.

Para el Concilio Vaticano II, los laicos responden a su vocación viviendo plenamente la comunión eclesial y participando activamente en la misión de la Iglesia. La fe del carbonero, desprovista de formación, no es suficiente para realizar esta tarea. Se necesita una formación profunda, plenamente humana, profundamente cristiana y decididamente apostólica.

TRES OBJETIVOS DE LA FORMACION DE LOS LAICOS

CARD. EDUARDO PIRONIO

« Amigos de Dios y profetas » (*Sab* 7, 27)

Comenzamos con un texto que leíamos hace pocos días en la Liturgia de la Misa: « Aunque es una sola (la Sabiduría), lo puede todo; permaneciendo en sí misma, renueva el universo; de generación en generación, entra en las almas santas, para hacer de ellas amigos de Dios y profetas. Porque Dios ama únicamente a los que conviven con la Sabiduría » (*Sab* 7, 27-28). ¡Amigos de Dios y profetas! Esa es la meta de nuestra formación: hombres y mujeres cristianos, fuertemente comprometidos con la realidad temporal desde el corazón de la Iglesia y siempre dispuestos a dar razón de la esperanza que hay en nosotros (cf. *1 Pd* 3, 15). Lo cual supone un progresivo crecimiento en nosotros de Cristo, nuestra vida, enviado por el Padre para anunciar la Buena Noticia del Reino a los pobres. El término, siempre nuevo y siempre inacabado, de nuestra formación, es Cristo: « hasta que se forme Cristo en vosotros » (*Gal* 4, 19). Lo cual ocurrirá en plenitud cuando él se manifieste (cf. *Col* 3, 4) y entonces « seremos semejantes a él, porque le veremos tal cual es » (*1 Jn* 3, 2).

Esto no significa una formación irrealista y desencarnada. Es volver al centro de nuestro camino cristiano. No es ingenuo pensar que la respuesta a los dramáticos desafíos del mundo actual la tenemos que dar los cristianos siempre desde el Evangelio; pero un Evangelio meditado y contemplado, vivido y compartido, experimentalmente anunciado con la fuerza del Espíritu y realizado cotidianamente

en las comunes condiciones de nuestra vida. « ¡Amigos de Dios y profetas! Porque Dios ama únicamente a los que conviven con la sabiduría ».

Ese es nuestro deseo en estos días: « convivir con la Sabiduría » (dejar que la Palabra de Dios entre en nosotros como la lluvia o la nieve derretida del Profeta). Convivir con la Sabiduría en estos días es vivir en clima de serenidad y de confianza, de alegría fraterna y de disponibilidad, de oración contemplativa y de capacidad de diálogo. La Asamblea plenaria no es un forum parlamentario; es un momento fuerte, el más fuerte, de nuestro Dicasterio; el más importante en la vida del Consejo, aunque no el más inmediatamente visible y cotidiano. Los miembros de la Asamblea forman substancialmente el Consejo; de aquí la importancia de escuchar y compartir, de buscar y proponer, de rezar y comprometerse. La importancia de « convivir con la Sabiduría ».

En este sencillo clima de familia —cristiana, eclesial y apostólica— deseo proponerles tres puntos de reflexión sobre el tema que nos interesa: « *la formación* ». *Formación para una presencia misionera en el mundo de hoy* (ser plenamente Iglesia comunión, Iglesia de la Trinidad, y estar profundamente insertados en el mundo de las realidades temporales); *formación para una nueva evangelización* (necesidad de interiorizar contemplativamente la Persona de Cristo, de leer en el mundo « los signos de los tiempos » y el paso del Señor de la historia, de anunciar con coraje la justicia del Reino y llamar a los hombres a la conversión); *formación para el testimonio y la profecía* (sería una profunda formación eclesial en la esperanza pues « cada laico debe ser ante el mundo un testigo de la resurrección del Señor Jesús y un signo del Dios vivo » (LG 38).

I

FORMACION PARA UNA PRESENCIA MISIONERA EN EL MUNDO DE HOY

« Como el Padre me envió, también yo os envío » (Jn 20, 21).
« Como tú me has enviado al mundo, yo también los he enviado al mundo » (Jn 17, 18).

Es toda la Iglesia la que, revestida del Espíritu del testimonio y de la profecía, es enviada al mundo para ser allí « sacramento universal de salvación ». Es interesante recordar aquí dos grandes textos del Concilio, conectados entre sí, que nos revelan y explican el sentido de esta expresión clave en la eclesiología conciliar: la Iglesia como « sacramento universal de salvación ». El primero es de *Lumen Gentium* cuando nos habla de la escatología: « Cristo, levantado sobre la tierra, atrajo hacia sí a todos; habiendo resucitado de entre los muertos, envió sobre los discípulos a su Espíritu vivificador, y por El hizo a su Cuerpo, que es la Iglesia, *sacramento universal de salvación* » (LG 48). Es interesante subrayar aquí (y esto nos interesa para nuestros proyectos de formación) que la expresión « sacramento universal de salvación » va conectada con tres realidades fundamentales:

— *la renovación definitiva en Cristo* (« los cielos nuevos y la tierra nueva donde habitará la justicia »; dimensión escatológica de la Iglesia misionera y peregrina que ya se va realizando en la historia y que alcanzará su plenitud en la eternidad). Es toda la exigencia de « la nueva creación en Cristo » (2 Cor 5, 17) que está en la base de todo auténtico proyecto de formación: despojarse del « hombre viejo » para revestirse del « Hombre Nuevo, creado según Dios, en la justicia y santidad de la verdad » (Ef 4, 24; cf. Col 3, 9). La formación es un continuo proceso de conversión que nos lleva a esperar y a vivir cotidianamente « la novedad pascual »;

— *el Misterio Pascual de Jesús* (muerte y resurrección, ascensión a los cielos y pentecostés) como centro de nuestra vida y de nuestra acción, como punto esencial de referencia para nuestra formación.

En definitiva, formar testigos y profetas, cristianos comprometidos en el mundo desde el Evangelio, es prepararlos para gustar la cruz y el martirio, para hacerlos solidarios con los que sufren, para gritar al mundo « la esperanza que nunca falla » (cf. *Rom 5, 5*). Desde el Misterio Pascual de Jesús se adquiere mayor capacidad evangélica para descubrir el drama del mundo y asumir el dolor y la esperanza de los pobres;

— *la Iglesia como Cuerpo animada por el Espíritu* de vida y constituida por él como comunidad misionera. La Iglesia no es plenamente sacramento universal de salvación si no es ante todo verdadera comunión en el Espíritu. Un verdadero proyecto de formación tiene en vista ante todo la comunión de la Iglesia. No basta formar personalidades brillantes pero individuales; hay que formar hombres y mujeres capaces de comunión (con los pastores, con los religiosos/as, con los laicos, con todos los movimientos y asociaciones). Formar para la comunión es formar en la pobreza, en la capacidad de diálogo y de servicio, en un amor sincero y concreto por la Iglesia (a nivel universal y a nivel local). (Formar para la comunión es necesariamente formar para la cruz).

El segundo texto importante, que nos ilumina el sentido de la expresión « sacramento universal de salvación » lo encontramos en *Gaudium et Spes* cuando el Concilio concluye, a la luz de Cristo, Alfa y Omega, la fecunda interrelación entre la Iglesia y el mundo: « Todo el bien que el Pueblo de Dios puede dar a la familia humana al tiempo de su peregrinación en la tierra, deriva del hecho de que la Iglesia es « *sacramento universal de salvación, que manifiesta y al mismo tiempo realiza el misterio del amor de Dios al hombre* » (GS 45).

Es importante —para nuestro tema de la formación— subrayar lo siguiente: toda la fecundidad de nuestra presencia en el mundo como testigos del resucitado, nuestra capacidad de cambiar desde adentro las estructuras de injusticia, depende de nuestra capacidad, como Iglesia, de manifestar claramente y de comunicar eficazmente el misterio del amor de Dios al hombre. Lo cual significa formar « testigos del amor »: hombres y mujeres que tengan una honda

experiencia del amor de Dios, que estén dispuestos a vivir en « la sinceridad del amor » y que griten a los hombres que la única forma de cambiar el mundo —hacerlo más fraterno y más humano— es vivir con fidelidad cotidiana las bienaventuranzas evangélicas.

Hay algo más que quisiera decir. Cuando hablamos de la formación para una presencia misionera en el mundo de hoy, quiero subrayar lo siguiente:

— que aunque toda la Iglesia tiene que estar presente en el mundo como « sacramento universal de salvación », es particularmente el laico el que vive una providencial experiencia eclesial de presencia secular y de tarea temporal. Con todo lo que esto tiene de entusiasmante y de riesgoso; con lo que tiene de alegría y de cruz, de pecado y de santidad.

Hay que formar al laico para que viva simultáneamente su crecimiento en Cristo, su comunión eclesial y su inserción en el mundo. No basta formar apóstoles que vayan generosamente al mundo; hay que formar, desde las dramáticas condiciones del mundo, cristianos que vayan creciendo en Cristo y edificando la Iglesia. Todo el tema de la espiritualidad laical está aquí;

— esto nos lleva a pensar en la necesidad y urgencia de una formación « en la Iglesia y para el mundo ». Formación para la unidad interior frente a dos realidades distintas pero no separables (Iglesia - Mundo): el laico vive la Iglesia desde la dimensión temporal del Reino. Exige una comprensión muy grande del Misterio de Cristo en la Iglesia; pero, al mismo tiempo, una grande capacidad contemplativa para descubrir y asumir « el pecado del mundo » en el sufrimiento de los hombres. Formar al laico para ser presencia cristiana y eclesial en el mundo exige una doble dimensión: capacidad para no huir del mundo refugiándose exclusivamente en la comunidad eclesial (especie de « clericalismo »), capacidad para no vaciar su fe en Cristo y su Evangelio, su identidad eclesial y su vocación esencial de ser testigo del Resucitado (especie de « secularismo »);

— esta consideración nos lleva a una última consideración cargada de esperanza. Hay que formar al laico, consciente de su misión providencial como miembro activo del Pueblo de Dios, a mirar al

mundo con la mirada redentora de Jesús: « Así amó Dios al mundo que le dió a su Hijo unigénito... no para condenar al mundo sino para que el mundo sea salvo por él » (cf. *Jn* 3, 16-17). Esto exige en el laico una triple mirada sobre el mundo: un mundo que ha sido herido por el pecado, un mundo que ha sido ya redimido en esperanza, un mundo que se ofrece al laico como el espacio providencial donde él puede realizar su santidad, vivir su vocación de Iglesia y construir con todos los hombres de buena voluntad la nueva civilización de la verdad y del amor.

II

FORMACION PARA UNA NUEVA EVANGELIZACION

« El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha consagrado por la unción. El me envió a llevar la Buena Noticia a los pobres, a anunciar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, a dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor » (*Lc* 4, 18-19).

El Señor nos hizo a todos testigos de su resurrección. A todos nos dijo: « Id y evangelizad ». (La evangelización no es privilegio de unos pocos —sacerdotes y religiosos— sino obligación de todos. Todo el pueblo de Dios es profético; de aquí la responsabilidad y compromiso evangelizador del laico: « Ay de mí si no anunciara el Evangelio »). El mundo de hoy presenta nuevos desafíos a nuestra evangelización: una sociedad particularmente secularizada, problemas nuevos que plantea el progreso científico-técnico, hambre y sed en el mundo de la Palabra de Dios. Más que nunca se nos hace urgente el llamado del Señor a una nueva evangelización: fiel a la Buena Noticia de Jesús, atenta a los dramáticos desafíos de la historia, con las características propias de una evangelización hecha desde la situación temporal. Formar para una nueva evangelización supone lo siguiente:

a) penetrar contemplativamente la Palabra de Dios. Se trata de un anuncio explícito de Jesús y su Evangelio. Esto supone entrar

en la Persona de Jesús, asumirla, experimentarla. Luego « predicar a Cristo y Cristo crucificado ». Centrar el mensaje en la Pascua de Jesús. Corremos el riesgo de quedarnos en el puro análisis de los problemas, a lo más de compartirlos, pero sin darles una iluminación evangélica desde Cristo, sin redimirlos. El mundo tiene derecho a nuestra presencia evangelizadora. (Lo propio de la Iglesia —lo específico del laico inmerso por vocación en el mundo— es el anuncio profético de la Buena Noticia de Jesús con todas sus exigencias de justicia, de amor, de paz; es válido para todos lo que San Pablo escribe de sí mismo: « ser para los gentiles ministro de Cristo Jesús, ejerciendo el sagrado oficio del Evangelio de Dios, para que la oblación de los gentiles sea agradable, santificada por el Espíritu Santo » (*Rom* 15, 16). No se trata de convertirnos en intelectuales de la Palabra, pero es urgente una continua interiorización en la Palabra de Dios, hecha con corazón pobre y contemplativo: (« te doy gracias, Padre, porque esto lo has ocultado a los sabios e inteligentes, y lo has revelado a los pequeños » [*Mt* 11, 25]);

b) estar a la escucha de los signos de los tiempos, de los nuevos desafíos que se presentan a nuestra evangelización (en el campo de la ciencia y de la técnica, de la cultura y del trabajo, de la promoción humana y de la relación internacional entre los pueblos). (¿Qué significa hoy ser enviados a evangelizar a los pobres? Quiénes son los pobres? ¿Cómo abrirles la riqueza consoladora de la Buena Noticia de Jesús? ¿Cuáles son en nosotros las exigencias radicales de una Palabra acogida y comunicada desde nuestra condición secular?);

c) preparar los testigos y profetas. El mundo ya no cree simplemente a los maestros, exige testigos. Una nueva evangelización supone hombres y mujeres profundos, coherentes, fuertes, capaces de cruz y de martirio. (Hombres y mujeres revestidos fuertemente por el Espíritu Santo, con una grande capacidad contemplativa, pero profundamente insertados en el mundo de las realidades temporales). Hombres y mujeres que anuncien como Jesús que el Reino de Dios ha llegado, que es preciso convertirse y creer en la Buena Noticia (cf. *Mc* 1, 15).

III

FORMACION PARA EL TESTIMONIO Y LA PROFECIA

« Vosotros seréis mis testigos » (*Hcb* 1, 8). « Yo te haré profeta de las naciones » (*Jer* 1, 5).

Vivimos un momento particularmente difícil, pero lleno de esperanza. Se nos pide que seamos realistas y que sepamos asumir el dolor de los hombres. Para ello nos hace falta una fuerte capacidad contemplativa. ¡Ser testigos de la resurrección de Jesús y profetas de la esperanza! El mundo está lleno de « profetas de calamidades ».

Pero un profeta no se improvisa: hace falta mucha pobreza, mucha oración, mucho coraje. Un profeta es siempre un hombre que se ha dejado invadir por la potencia del Espíritu y anuncia en nombre de Jesús las maravillas de Dios. Hay que crear en la Iglesia, en nuestras comunidades cristianas, un clima tal que pueda el Espíritu de Dios suscitar nuevos profetas: « Yo deramaré mi Espíritu en toda carne. Vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán » (*Joel* 3, 1). Hemos sido hechos por el bautismo miembros activos de un pueblo profético. No apaguemos el Espíritu (cf. *1 Tes* 5, 19).

Pero ¿cómo formar para el testimonio y la profecía? Formar para la oración, para la fidelidad, para la esperanza.

— *Para la oración*: « amigos de Dios y profetas ». Hace falta una oración profunda, serena, contemplativa. No vivimos en el desierto, pero el desierto tiene que instalarse en nuestro corazón. Oración continua basada en la Palabra de Dios y en los Sacramentos (Reconciliación y Eucaristía). Una nueva evangelización exige siempre *la experiencia del testigo*: « Lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y tocaron nuestras manos acerca de la Palabra de vida, pues la Vida se manifestó, y nosotros la hemos visto y damos testimonio y os anunciamos la Vida eterna... Lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos » (*1 Jn* 1, 1-3). Oración hecha desde « las condiciones ordinarias de la vida familiar y social » (*LG* 31);

— la profecía exige *fidelidad al Espíritu*. No inventamos nosotros la profecía, simplemente la comunicamos: « adondequiera que yo te envíe irás, y todo lo que te mande dirás ... Y he puesto mis palabras en tu boca » (*Jer* 1, 7-9). Por eso no podemos eludir la profecía, por pereza, por miedo. La profecía exige el coraje del Espíritu: para anunciar y para denunciar, para anunciar totalmente a Jesús y para denunciar cualquier tipo de injusticia y de pecado;

— formar *para la esperanza*: sin dejar de ser realistas ni de asumir evangélicamente el sufrimiento de los otros, saber descubrir la maravillosa fecundidad del Misterio Pascual de Jesús.

CONCLUSION

Volvemos al texto del comienzo: la Sabiduría entra en las almas justas y las hace « amigos de Dios y profetas ». Ojalá nos lo conceda el Señor en estos días. Nos hemos reunido en su nombre y experimentamos la presencia de su Espíritu: Espíritu de verdad, de fortaleza y de amor. Iniciamos nuestros trabajos bajo la maternal protección de María, Reina de los Apóstoles, en cuyo seno virginal el Espíritu Santo formó a Jesús.

Nuestros trabajos se desarrollan este año en el marco providencial de dos acontecimientos eclesiales: el inminente Sínodo Extraordinario sobre el Concilio Vaticano II y el próximo Sínodo Ordinario del 1987 sobre « la vocación y la misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo de hoy ». Ambos acontecimientos nos comprometen y llenan nuestros corazones de esperanza. El segundo nos toca más de cerca como a laicos; pero el primero nos hunde plenamente en el Misterio de la Iglesia cuya pasión nos devora y en cuya comunión queremos vivir nuestra maravillosa existencia de cristianos. Nos acompañe siempre María « imagen y principio » de la Iglesia.

RED DE RELACIONES
QUE CONTRIBUYEN A LA FORMACION
A LA LUZ DEL NUEVO TESTAMENTO

S. E. MONS. PAUL JOSEF CORDES *

Me han solicitado que presente, con algunas reflexion básicas, el tema de la formación de los laicos.

Hace algunos años, el sociólogo americano Peter Berger publicó una investigación sobre la religión en una sociedad pluralista, titulada: « La obligación a la herejía ». El título indica ya la tesis fundamental del libro. El autor quiere demostrar que ha pasado el tiempo en que la fe era transmitida por medio de la historia y de la tradición. En nuestros días, la decisión en pro de un contenido preciso de la fe se basa en la elección, en griego *hairesis*. El mundo de la religión es comparable a un supermercado en donde se puede escoger cualquier producto. Las distintas manifestaciones del cristianismo, las sectas, las grandes religiones no cristianas en sus más variados matices: todo esto se puede ofrecer a cualquier ciudadano, por lo menos en nuestro mundo occidental, mediante publicaciones de todo tipo, informaciones transmitidas por los medios de comunicación de masa y viajes a todos los rincones del mundo.

Una consecuencia de esta situación es evidente, y es lo que llamamos el pluralismo. Ya no existen, en ninguna parte de nuestro mundo libre, « espacios ideológicos » protegidos, o zonas en las que rijan normas de vida o valores fundamentales unánimemente reconocidos. Sería una ilusión, querer creer en la existencia de un medio « ideológicamente homogéneo ». Además, existen diferencias fundamentales, no sólo entre las distintas religiones, sino también en el interior de las comunidades de fe católica. El sicólogo

* Vice-Presidente del Pontificio Consejo para los Laicos.

alemán Albert Görres afirmaba, hace poco, que le gustaba elegir el cocktail de la plausibilidad. Y decía, además, que los cristianos seguros de su fe podrían parecer megalómanos o arrogantes a sus propios ojos, y a los de los demás, y con un complejo de infalibilidad.¹

Al mismo tiempo, sin embargo, somos muy conscientes de la creciente responsabilidad de los laicos en el apostolado, para dar mayor vigor a la fe en la Iglesia y en la sociedad. No es necesario que yo me detenga a señalaros algunas citas del Concilio, o pasajes del documento preparatorio del próximo Sínodo. No estaríais aquí si no estuviérais ya convencidos.

No obstante, no se debe olvidar que, por lo general, los laicos están menos integrados en el sistema de la Iglesia que los sacerdotes ordenados. He dicho « por lo general », porque cuando son, unos y otros, « empleados » de la Iglesia, no hay ninguna diferencia entre ellos. Pero todos los demás, que viven en realidad « en el mundo », sienten con mayor fuerza la intensidad de las preguntas de quienes piensan de otra manera, y se ven siempre confrontados a modelos de vida que les son extraños. Para designar tal fenómeno, la sociología ha creado un término: « zonas de frontera » y lo utiliza para indicar a los representantes de un sistema que se hallan en su frontera y, por tanto, están sometidos a la presión constante de su alrededor, mayor que la que sufren los que se encuentran en el centro del sistema.

Hay que plantearse, entonces, absolutamente, una pregunta: ¿cómo lograr que los miembros de la Iglesia —ya sean ellos sacerdotes o laicos— queden cada vez más arraigados en la verdadera fe? Pues como dice San Pablo en su carta a los Efesios, los cristianos adultos no deben ser « zarandeados por cualquier viento de doctrina, a merced de la malicia humana y de la astucia, que conduce engañosamente al error » (Ef 4, 14).

Vamos a mencionar ahora dos aspectos de carácter bastante general. No se refieren a los contenidos de la formación, ni a las caracte-

¹ En: *Glaubensgewißheit in einer pluralistischen Welt; Internationale katholische Zeitschrift* 12 (1983), 117-133; aquí: 119.

terísticas de los distintos grupos humanos. Más bien sirven para comprender la red de relaciones en medio de las cuales se realiza la formación, aunque no de manera exhaustiva. Me limitaré a subrayar algunos puntos, partiendo de algunas enseñanzas del Nuevo Testamento. Esto evitará que se caiga en la equivocación de creer que la formación eclesial es una información meramente teórica y podría prescindir de transmitir contenidos que dan testimonio de la fe y la profundizan.

1. Cuando, al hablar de la formación, ésta se entiende como el arraigo de toda la existencia cristiana, en la teoría y en la práctica, en términos bíblicos, significa « seguir » a Cristo. He aquí la primera referencia.

Según la Biblia, la fe nace de la escucha, como lo dice San Pablo en su Epístola a los Romanos: « ¿Cómo crearán en aquel a quien no han oído? » (10, 14). El conocimiento de los contenidos de la fe no es ciertamente algo que debe subestimarse (los teólogos hablan de *fides quae*). Tal conocimiento, sin embargo, debe estar apoyado en una relación personal. En los Evangelios sinópticos, se expresa la llamada de este modo: « venid en pos de mí ». La persona sigue a su maestro, y le sigue en su camino, en el sentido literal del término. El hecho de seguirle, significa ser introducido en el círculo de los que gozan de la confianza del maestro. Es así que los discípulos velaban celosamente para que sólo los que seguían a Jesús obraran en su nombre. « Juan le dijo: “Maestro, hemos visto a uno que expulsaba demonios en tu nombre y no viene con nosotros y tratamos de impedirselo porque no venía con nosotros” » (Mc 9, 38-40).

El arraigo en la fe no puede llevarse a cabo sin tener los ojos permanentemente vueltos hacia el Señor, que sigue adelante e instruye a sus discípulos. Esto exige que se tome siempre al maestro como modelo. El principio aplicado por Jesús, en su tiempo, es siempre válido: los que se forman, hoy día, deben haber pasado por la experiencia de haber conocido testigos ejemplares. Así se ha realizado la misión post-pascual. Es ésta la opinión que sostienen,

aún hoy, filósofos y pedagogos como, por ejemplo, Max Scheler, en el campo de la ética.

El Papa actual ha resumido el pensamiento del filósofo Scheler con relación al concepto de « ir en pos », y sostiene que nada contribuye a la « bondad » de un individuo como la contemplación directa de los valores morales de otro. Los valores positivos de la persona del maestro determinan un despertar de valores semejantes en la persona del discípulo.

« He aquí la relación del buen ejemplo... toda la influencia del modelo se basa en el amor a la persona del maestro-modelo. Este amor, precisamente, es la fuente original del conocimiento intuitivo de los valores que, en Scheler, deben constituir el objeto de la voluntad... el discípulo sigue al maestro y trata de seguir su ejemplo ».²

En la Iglesia, pues, la formación no puede realizarse de manera académica: se refiere, sobre todo, al actuar, y se relaciona con un saber que influye en las decisiones y en la acción. El discípulo aprende para imitar a alguien. Pero esto no es posible sino cuando el maestro no sólo es una « luz », sino un « testigo » que manifiesta sus convicciones por medio de su vida. Las iniciativas más eficaces para la renovación de la Iglesia provienen únicamente de los santos.

Los siguientes aspectos tienen especial importancia en la formación de los responsables:

a) la formación de los adultos es imposible si se carece de responsables calificados;

b) tales responsables deben responder tanto de sus conocimientos como de su actuar.

2. El segundo aspecto que me gustaría subrayar, en el campo de la formación, es la pedagogía de Jesús; en especial, la forma en que constituyó el grupo de sus discípulos. Este fenómeno está relacionado con la idea de llamamiento que acabamos de mencionar. Dice Marcos: « Jesús subió al monte y llamó a los que él quiso;

y vinieron donde él. Instituyó Doce, para que estuvieran con él, y para enviarlos a predicar » (3, 13-14).

Según el modelo de los rabinos de su tiempo, Jesús funda un « instituto de formación para adultos ». Y de su manera de actuar se desprenden, sin duda, aún hoy día, principios todavía válidos para la catequesis de los adultos.

Consideremos, por ejemplo, el hecho de que —después de un cierto tiempo de actividad en Galilea— él se traslada a la región pagana de Tiro (cf. *Mc* 7, 24). Es evidente que esto se debía a la misión que tenía que cumplir cerca de los paganos, pero igualmente a su deseo de consagrarse mayormente a la formación de sus discípulos. La distancia respecto al medio que les rodeaba creó un ambiente que favorecía el desarrollo de un espíritu comunitario y, por lo tanto, sirvió para afirmar sus comunes convicciones, haciendo homogéneo su actuar.

El grupo ayuda al individuo a orientarse, a optar por objetivos concretos e ideales; a superar los conflictos y las rupturas. En el interior del grupo, la disponibilidad y las expectativas vienen a ser más duraderas y sólidas. Además, no se puede adquirir conciencia del propio valor, ni tener seguridad psicológica, si no se establecen relaciones con otras personas. El grupo proporciona también una estabilidad. Si no existiera una confirmación social, las ideas del hombre sobre Dios y sobre el mundo serían cambiantes y vulnerables.

La exhortación apostólica del Papa Juan Pablo II sobre la catequesis en nuestro tiempo subraya, con razón, que « Todo el que se ha adherido a Jesucristo por la fe y se esfuerza por consolidar esta fe mediante la catequesis, tiene necesidad de vivirla en comunión con aquellos que han dado el mismo paso. La catequesis corre el riesgo de esterilizarse, si una comunidad de fe y de vida cristiana no acoge al catecúmeno en cierta fase de su catequesis » (n. 24).

Pero naturalmente, el grupo corre el riesgo de quedarse a un lado y, por esto mismo, de caer en el error, de aislarse como si fuera una secta. Hay que tener en cuenta este peligro y reaccionar contra él, procurando conscientemente que se alternen momentos de « vida insular » y momentos valientes de encuentro del grupo

² K. WOYTYŁA, *I fondamenti dell'ordine etico*, Ed. Dehoniane, Bologna 1980, págs. 170-171.

con toda la realidad eclesial y social. Por otra parte, según los modernos conocimientos de la sociología, la ayuda del pequeño grupo es indispensable para transmitir y afirmar la fe. Un sociólogo contemporáneo sostiene que la transmisión de los contenidos, desde un punto de vista sociológico, supone relaciones sociales personalizadas. Normalmente los valores se aceptan al identificarse con personas o grupos que sirven de modelo. La transmisión de los contenidos cristianos también está vinculada a determinadas condiciones de comunicación que, por regla general, se pueden crear en pequeños grupos. Por consiguiente —sigue diciendo el autor— la transmisión del cristianismo a las generaciones sucesivas depende de la formación de un grupo social dentro del cual se pueda experimentar, de manera sensible, el pensamiento cristiano. Y termina diciendo que el mayor problema, hoy, es encontrar situaciones sociales suficientemente sólidas y durables para poder construir en ellas relaciones personales tan intensas que permitan adquirir los valores cristianos. Pues ni la vida diaria de la comunidad, ni los cursos de enseñanza religiosa logran este efecto.³

Es así como el pequeño grupo se transforma en « lugar » privilegiado de formación de adultos. Y al ser también la ocasión para establecer una red de relaciones sociales, la formación que en él se realiza no debe limitarse a la utilización de la palabra y a la transmisión de los conocimientos. Deberá más bien brindar la oportunidad para poner en práctica todo lo que se ha aprendido, y celebrarlo en la liturgia. Así la experiencia puede fortalecer el saber y, en algunos casos, dar vida a más saber.

El grupo tiene, entonces, la posibilidad de abrirse a formas de vida social y política; de adoptar elementos de las costumbres y de la religiosidad popular; de crear formas artísticas que tendrán repercusión en la formación. Pero la ocasión principal para formar a los miembros del grupo está constituida por los sacramentos y los sacramentales.

³ F. X. KAUFMANN, *Kirche begreifen. Analysen und Thesen zur gesellschaftlichen Verfassung des Christentums*, Freiburg 1979, 142 y 184 y sigs.

Todas estas posibilidades de formación que ofrece el grupo ya están a la obra. Pues el grupo descrito arriba existe en distintas formas. El texto del Santo Padre sobre la catequesis pone de relieve, en el campo de la formación, el papel de la comunidad parroquial, pero también el de la familia, el de la escuela y el de todas las demás formas de asociaciones de laicos (cf. CT, 67).

FORMACION DE LOS LAICOS

12 proposiciones

PROPOSICIÓN N. 1

LOS FINES DE LA FORMACION SE UNIFICAN EN UN OBJETIVO GENERAL: SEGUIR A CRISTO

Al principio del ministerio público de Jesús, se encuentra el llamamiento a sus futuros discípulos: « Venid conmigo » (*Mt* 1, 16)... « Sígueme » (*Mt* 4, 19; *Mt* 9, 9). Con esa orden, El interviene en la vida de sus discípulos. « Seguir », quiere decir ante todo « pisar las huellas de alguien » en sentido material. En el Nuevo Testamento, este término se utiliza tanto para los discípulos más cercanos a Jesús en su misión, como para las multitudes que se unen a El.

El hecho de rodearse de discípulos era algo habitual entre los maestros judíos de la época de Jesús, pero el grupo de sus discípulos se distingue de los demás. En primer lugar, porque la llamada apremiante viene sólo de El: se niega a ponerse a la cabeza de una muchedumbre de entusiastas y llama, uno por uno, a los que elige. Los maestros de la ley, en cambio, entraban por su propia iniciativa a la escuela del maestro cuando querían estudiar la Tora. Además, Jesús es para sus discípulos la autoridad absoluta: su palabra es la que une a El, no un programa político terreno, como entre los Zelotas, o la interpretación de la Tora entre los maestros de la ley.

Lo que El pide a sus discípulos es también único: no cede ni siquiera frente al deseo de aquél que quería enterrar a su padre (cf. *Lc* 9, 59). Jesús, con una provocación nunca oída, coloca la adhesión a su persona por encima de los deberes morales más elevados: la obediencia a la palabra y el anuncio del Reino de Dios no admiten ninguna espera.

Aunque hay que hacer una distinción entre lo que Jesús exige a aquellos que han sido elegidos para compartir con El una total comunidad de vida y de trabajo y lo que pide al grupo más amplio de discípulos, no se deben, sin embargo, minimizar las exigencias a éstos últimos. Sería, pues, un error creer que los imperativos del Sermón de la Montaña:

— « Nadie puede servir a dos señores... No podéis servir a Dios y al Dinero » (*Mt* 6, 24);

— la orden de renunciar a la violencia y a la dominación (cf. *Mt* 5, 38-42);

— « Sed compasivos... no juzguéis... perdonad... dad... » (*Lc* 6, 36 y sigs.)...

conciernen sólo a los discípulos más cercanos de Jesús, y sentirse, por lo tanto, dispensados, so pretexto de que no se pretende formar parte de la elite

Para justificar estas exigencias, apenas razonables, el Señor no duda en tomar como ejemplo al Padre: « Sed compasivos, como vuestro Padre es compasivo » (*Lc* 6, 36); o también: « Sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial » (*Mt* 5, 48).

El Señor indica, igualmente, a sus discípulos, que el Padre es el origen de una moral muy elevada: seguir a Jesús no es una hazaña realizada por el propio yo, es algo que se realiza sólo si el discípulo abre un campo cada vez mayor, en su vida, a la acción salvífica de Dios.

El fin general de la formación, que incluye todos los demás, es permitir a cada cristiano que responda a la invitación de Cristo: « Sígueme ».

Los fieles laicos, en razón del bautismo y de la confirmación, están llamados a participar, a su manera, en la triple función de Cristo, sacerdote, rey y profeta. Lo hacen viviendo cada instante de su vida en la fidelidad al Espíritu Santo y haciendo de todas sus actividades un sacrificio de alabanza y de acción de gracias; colaborando activamente en toda la vida pastoral, pero sobre todo, procurando impregnar al mundo del Espíritu de Cristo y construir una sociedad más justa y más fraternal; dando testimonio, además, con su vida, y también con su palabra, de su fe en Jesucristo, en el corazón mismo del mundo y en sus tareas profesionales, sociales y políticas.

En virtud del bautismo y de la confirmación, todos los fieles, sin excepción, están llamados a participar en la misión de la Iglesia. Los laicos participarán, en la Iglesia, como hombres y mujeres del mundo; y, en el mundo, como hombres y mujeres de la Iglesia. Pues « pertenecen plenamente al mismo tiempo al Pueblo de Dios y a la sociedad civil » (*AG*, 21) y están llamados, en profunda comunión —y a veces en estrecha colaboración con los pastores de la Iglesia— a tomar parte activa en la vida de las comunidades eclesiales (cf. *AA*, 10), y en la renovación el orden temporal (cf. *AA*, 7). Así pues, cuando ejercen un servicio de Iglesia (por ejemplo

en el campo de la catequesis, litúrgico, social, etc.), o cuando hacen parte de una estructura pastoral (p. ej., el consejo diocesano, o parroquial, etc.), ellos asumen plenamente su condición de laicos, haciéndose portavoces de los interrogantes, aspiraciones, problemas y desafíos que agitan al mundo. Y cumplen con su vocación de cristianos cuando trabajan en la construcción de comunidades humanas en las que se respeta la dignidad de cada persona según el designio de amor de Dios.

PROPOSICIÓN N. 2

LA LLAMADA A LA CONVERSION SE HALLA EN EL CORAZON MISMO DE LA FORMACION

El Sermón de la Montaña comienza con una invitación a la salvación y a la conversión y con una exhortación a la fe: « Convertíos, porque el Reino de los Cielos ha llegado » (*Mt* 4, 17). Esta invitación no pertenece al pasado; antes bien, se trata de una exigencia actual para todo discípulo de Jesús. La historia personal de la fe de cada creyente debe desembocar en la historia universal de la salvación inaugurada por el Señor.

El Reino de Dios, en efecto, hace irrupción al principio de la historia de todo creyente. El que escucha el Evangelio se abre a un acontecimiento dinámico y potente. Sólo en virtud de éste nace la necesidad de la conversión: la acción solícita de Dios es la que despierta en el hombre el deseo de convertirse (cf. *Lc* 15, 11-32).

En el Evangelio, la exigencia de la conversión, propuesta por Jesús, es algo muy serio. Sus palabras son tan severas que no es posible equivocarse. Recuerdan las amenazas de los profetas en el Antiguo Testamento:

— invectivas contra las ciudades de Galilea (cf. *Mt* 11, 21 y sigs);

— recuerdo de la predicación de Jonás a los habitantes de Nínive (cf. *Mt* 12, 41);

— comentarios sobre la lección del masacre de los Galileos (cf. *Lc* 13, 3.5).

Esas palabras, en todo caso, no dejan ver en Jesús a un filántropo conciliador o a un reformador del mundo de tipo humanista.

Para el cristiano, aceptar el Evangelio y, por consiguiente, conformarse siempre más con la voluntad de Dios, son procesos que no terminan nunca. La conversión, pues, aunque se pueda dar una fecha a su principio, se desarrolla permanentemente en el individuo y está proyectada hacia el futuro. « Amar al Señor con todo el corazón... y al prójimo como a sí mismo » (cf. *Mc* 12, 30 y sigs.) no es algo que se realiza de un día para otro. Es conversión la fe que espera todo de la comunión con Dios, pone sus esperanzas en ella y se entrega al prójimo, aunque éste no tenga ningún derecho y no « merezca » este don de sí.

La educación y la formación cristianas se proponen, por tanto, commover el corazón de cada individuo y transformarlo poco a poco.

En la práctica de la vida cristiana, la conversión es siempre un proceso que evoluciona progresivamente y está basado en el descubrimiento de la misericordia de Dios. Esta se revela sobre todo en el misterio de la Cruz y en el reconocimiento del propio pecado que siempre es un quebrantamiento, más o menos grande, de la alianza con Dios: « Padre, pequé contra el cielo y ante tí » (*Lc* 15, 18): es una conciencia recta, que sabe distinguir entre el bien y el mal y tiene el valor de llamar al pecado por su nombre, tanto en su vida personal como en la vida social.

La conversión personal no puede ser ajena al contexto social, cultural e histórico en el que se desarrolla, ni tampoco a la necesidad de cambiar tal contexto.

Para que tengan fruto, las actividades de formación deben también favorecer esta dimensión de conversión. Se trata de un proceso global que incluye: la evangelización; una catequesis profunda; una explicación teológica adecuada y la plena madurez de una vida que irradia el amor a Dios. Tal proceso deberá comprender, al mismo tiempo, todos los aspectos de la persona: su ser, sus acciones, todas sus relaciones; y continuará hasta el día en que los miembros del pueblo de Dios habrán llegado a ser la imagen misma de Cristo.

PROPOSICIÓN N. 3

LA FORMACION DE LOS LAICOS SE BASA EN LA PALABRA DE DIOS Y EN LA VIDA SACRAMENTAL

El Evangelio anuncia a Jesucristo, ante todo hablando de « El », y luego con el contenido específico que se hace público mediante la predicación. Es así que Pablo puede hablar del « Evangelio de Dios... acerca de su Hijo » (*Rm* 1, 1.3) y, en otra carta, declara que él transmite lo que a su vez recibió, cuando relata algunos hechos de la historia de la salvación: « Cristo murió por nuestros pecados, fue sepultado y resucitó al tercer día, según las Escrituras... » (*1 Cor* 15, 3 sigs.). Pero si se considera con mayor atención, el Evangelio es algo más que la simple transmisión de un contenido. Cuando Pablo, por ejemplo, nos dice en sus Cartas que su Evangelio anuncia a Cristo, no quiere sólo expresar o transmitir « algo » acerca de El: más bien anuncia que Cristo está presente en esa proclamación y por ella (cf. *1 Cor* 11, 26; *Flp* 1, 17; *Col* 1, 28, etc.).

La palabra, evidentemente, exige la escucha. Cristo está presente en su palabra en cuanto se dirige directamente a alguien, no porque tal palabra se pueda considerar como una lejana fuente histórica. La palabra requiere, pues, una escucha creyente « hic et nunc ». « Si Cristo se halla presente en el Evangelio mediante su Palabra que nos interpela, está presente como don y gracia, pues la interpelación y la palabra son don y gracia. Aquí se manifiesta la identidad íntima de Cristo con “el Verbo” y la del Verbo con Cristo » (H. Schlier).

Además de su palabra, el Señor nos da los sacramentos como medio para ir a su encuentro. Con ocasión de los acontecimientos claves de la vida humana —nacimiento, muerte, alimentos, perdón, unión conyugal— Dios penetra en nuestro ser en forma tangible y obra en él la salvación. No porque el Dios espiritual necesite de medios materiales, sino porque el hombre, en cuanto ser corpóreo los necesita y puede así encontrar a Dios de manera humana. Por consiguiente, cuando los cristianos celebran los sacramentos según la liturgia de la Iglesia, Dios llega hasta ellos en su dimensión corporal; entra como signo en su historia; la fe se manifiesta en ellos como lazo de comunión. Y, cada vez, el cristiano reconoce de nuevo que no puede disponer de Dios, que no puede determinar cuándo, dónde y cómo Dios debe volverse hacia él; se considera más bien como el que recibe,

como el que depende de un poder que le es dado y no ha sido creado por él, y del signo que Dios, en su libertad, ha previsto para hacerse presente.

La Palabra de Dios, proclamada en las celebraciones litúrgicas y transmitida por la enseñanza de la Iglesia, lo mismo que los sacramentos, tienen un papel fundamental en la formación cristiana.

En las celebraciones litúrgicas, los miembros de la comunidad cristiana, reunidos alrededor de Cristo, acogen la Palabra en la fe; la profundizan; interpretan sus experiencias humanas a la luz de esta fe y al descubrir así los llamados que Dios les hace en su vida diaria, se disponen a dar testimonio de la Palabra en el mundo.

La lectura frecuente y sistemática de la Sagrada Escritura, sobre todo del Evangelio, es necesaria a todo cristiano. Es indispensable para conocer a nuestro Maestro, Jesucristo. Para que sea más fructuosa, deberá estar acompañada de comentarios adecuados a las necesidades y capacidades de los distintos lectores, y de experiencias de vida. Se deberá, pues, fomentar la lectura en común de la Biblia: en la familia, en los grupos de amigos, en círculos de estudio y en las paraliturgias. Los sacramentos no sólo expresan la fe, sino que la alimentan y la robustecen (cf. *SC*, 59). Gracias a ellos, todo lo que son y hacen los laicos, todos los acontecimientos y actividades de su vida, son santificados por la gracia divina que emana del misterio pascual (cf. *SC*, 61).

La Eucaristía y el sacramento de la Reconciliación son muy importantes para la vida diaria. Mediante su sacrificio eucarístico, « fuente y cumbre de toda la vida cristiana », los laicos, a su manera, se ofrecen a Dios con Cristo y le ofrecen la humanidad (cf. *LG*, 11); de la Eucaristía ellos toman « aquel amor hacia Dios y hacia los hombres que es alma de todo apostolado » (*LG*, 33). Mediante el sacramento de la Penitencia, no sólo ellos se reconcilian con Dios y con la Iglesia, consigo mismos y con los demás, sino que progresan en la vida cristiana y llegan a ser testigos y artífices siempre más auténticos de paz, justicia y libertad, en un mundo destrozado y desgarrado por las tensiones y los conflictos.

El bautismo, la confirmación y el matrimonio tienen un significado especial y permanente para la vocación del fiel laico. El bautismo y la confirmación son el fundamento mismo del apostolado de los laicos: mediante el bautismo, ellos quedan regenerados como hijos de Dios e incorporados al Cuerpo místico de Cristo; por la confirmación, reciben la fuerza del Espíritu Santo y, por tanto, para ser auténticos testigos de Cristo por la palabra y con las obras. En cuanto al matrimonio, éste da la posibilidad a los esposos de participar en el misterio de unidad y de amor fecundo entre Cristo y su Iglesia (cf. *Ef* 5, 32) y de expresarlo en su vida conyugal y familiar.

La unción de los enfermos, que perdona los pecados y salva a los que padecen en su cuerpo (cf. *St* 5, 14-16), les invita a asociarse voluntariamente a la pasión y muerte de Cristo, contribuyendo así, ellos, por su parte, a la salvación del mundo.

En el campo de la formación de los laicos, el sacramento del Orden no se puede pasar bajo silencio: al constituir, en nombre de Cristo, a los pastores de la Iglesia, les confiere la tarea de formar a los fieles a la vida cristiana.

El don de los sacramentos requiere una sólida formación litúrgica y sacramental de todos los cristianos, como proceso permanente durante el cual el creyente se ve llevado a vivir una comunión siempre más estrecha con Cristo en su misterio pascual y, por consiguiente, con la Iglesia y con todo lo creado.

PROPOSICIÓN N. 4

EL CONTENIDO DE LA FORMACION SE DESPRENDE DE UNA FE VIVA Y ENCUENTRA SU EXPRESION EN ELLA

En su Carta a los Romanos, el apóstol Pablo enumera los distintos elementos que caracterizan el camino de la fe (cf. 10, 8 y sigs.). Habla de la fe del corazón y de la confesión de la boca y nos enseña que la fe no es un mero acto de confianza

vago e indeterminado, sino que tiene un contenido muy preciso. Por esto debe expresarse exteriormente, y al mismo tiempo llenar el corazón del hombre: la confesión de la boca y el don del corazón son inseparables. No son suficientes las bellas palabras, si no surgen de lo más profundo del alma; ni mucho menos la práctica de la piedad sin las obras.

Hay que « creer » en Dios, « confesarlo » (10, 10) e « invocarlo » (10, 14). El es el destinatario de los sentimientos religiosos del corazón; de la práctica religiosa de la profesión de la fe y de las buenas obras. Todo está encaminado hacia su adoración. En ella encuentra su plenitud el acto de fe, y las obras hallan su finalidad.

Tampoco se puede pensar en la fe de la Iglesia sin enseñanza y sin liturgia, como si no hubiera ninguna relación entre ellas; o como si de la fe se desprendieran la alabanza y las buenas obras. Por el contrario, la fe adquiere forma, necesariamente, en el servicio a Dios y al prójimo. Como respuesta al mensaje de Dios, ella es la obediencia atenta que se manifiesta en el don generoso de sí a los demás y que da por tanto gloria a Dios invocándolo.

Uno de los fines de la formación es transmitir, a hombres y mujeres, las grandes verdades de la fe, de una manera viva. Dios nos revela estas verdades en la Escritura y en la Tradición; y el magisterio de la Iglesia nos da su auténtica interpretación. Para comunicar estas verdades a los hombres de manera eficaz, se necesitan instrumentos adecuados como los documentos del magisterio, especialmente los del Concilio Vaticano II.

El proceso de formación permanente tiene múltiples dimensiones estrechamente relacionadas entre sí. La formación, en efecto, es humana, moral, intelectual y espiritual al mismo tiempo, y debe llevar a las personas a aceptarse como tales; a desarrollar nuevas capacidades de vida; a formar sus conciencias y comprender siempre más su nueva vida; a descubrir la vida del Espíritu.

Toda formación deberá, por lo tanto, incluir: una conversión fundamental, a saber, un encuentro personal con Jesús y una respuesta cada vez más profunda a su llamada a seguirle; el intercambio fraterno entre cristianos que permite una formación seguida para satisfacer las exigencias de la vida cristiana; la enseñanza de la doc-

trina social de la Iglesia; capacidades profesionales o personales en el campo al que se ha sido llamados a trabajar; el conocimiento profundo y actual de las realidades; el ejercicio de la virtud de la prudencia y del discernimiento en la aplicación de la enseñanza social de la Iglesia a los campos en que están comprometidos los laicos (vida política, sindical, internacional, etc.) y a los problemas que ellos encuentran (familiares, sociales, éticos, etc.); una formación al respeto a los demás y al diálogo con todas las personas (creyentes y no creyentes) y, en especial, una formación ecuménica (educar al ecumenismo, al conocimiento de otras religiones y de los problemas que plantea al apostolado la colaboración con sus miembros); la formación para que haya una confrontación sin odio.

En todos los casos, los conocimientos doctrinales básicos deberán ser completados con una formación espiritual y —en cuanto fuere posible— con una especialización, con miras a un apostolado específico en ciertos campos. En cuanto a la formación teológica y filosófica, ésta tendrá que adaptarse a las capacidades de la persona y al tipo de vocación. Además, no habrá que olvidar, en todos los contenidos de la formación, la dimensión ecuménica.

En fin, el punto culminante de la formación deberá hallarse en la liturgia, actividad que corresponde, más que cualquier otra, a la situación de la criatura ante su Creador y Salvador.

PROPOSICIÓN N. 5

LOS METODOS UTILIZADOS EN LA FORMACION ESTAN AL SERVICIO DE LA VIDA DE LA FE

En Cristo « están ocultos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia » (Col 2, 3). El garantiza todo conocimiento auténtico y verdadero. Olvidar a Cristo, pues, no llevará nunca a una comprensión más profunda de la persona humana y de la creación; por el contrario, engeguece respecto a ellas.

El que ha reconocido a Cristo como Señor —en la proclamación de la Palabra— encuentra en El su punto de apoyo: Cristo es el fundamento de su ser, en el que se ha de edificar

la casa de su vida; por tanto, el cristiano no deja de dar gracias (cf. *Col 2, 6 y sigs.*).

Cuando el apóstol, al dar gracias por su comunidad, se da cuenta de todo esto, el aliento que recibe de este cristocentrismo es para él también una advertencia – una advertencia de notable actualidad: « Mirad que nadie os esclavice mediante la vana falacia de una filosofía, fundada en tradiciones humanas, según los elementos del mundo y no según Cristo » (*Col 2, 8*). Las escalas de valores imperantes hoy ¿no esperan quizá lo más posible de las ciencias antropológicas para la educación y la formación? ¿No se trata acaso, precisamente, con su ayuda, de superar la fe « primitiva »? Si la psicología y la sociología, la ciencia del comportamiento y la pedagogía dejan de ocupar el lugar secundario que les corresponde, llevan entonces por un falso camino. Si se absolutizan las « tradiciones humanas » y los « elementos del mundo », el acontecimiento Cristo termina vaciado de contenidos. Es cierto que así el cristianismo podría ganar en cuanto a popularidad y fuerza de convicción, pero si el Señor, « Cabeza de todo Principado y de toda Potestad » (*Col 2, 10*), no es el centro de todo, el hombre entonces termina por buscarse a sí mismo y querer ser el artífice de su propia salvación.

Dios es el divino Pedagogo. Es el primer agente en todo trabajo de formación.

La teoría general de formación de los adultos insiste en que éstos son responsables de su propia formación y el papel del maestro consiste sólo en capacitarlos. Así, los conocimientos no sólo se enseñan, sino que también se descubren.

El método del ver-juzgar-actuar sigue teniendo influencia en los programas de formación, pues corresponde a la dinámica fundamental, característica del espíritu escrutador del ser humano. Sin embargo, los programas de formación utilizan también toda una gama de métodos específicos derivados de las ciencias humanas, o adaptados de los programas de formación general, o también formulados según recientes experiencias de formación cristiana.

Por lo general, los nuevos sistemas pedagógicos, la organización social, las capacidades de liderazgo, las técnicas de comunicación, etc., se incorporan a los métodos de formación tanto en su aspecto teórico como práctico.

Estos nuevos métodos con frecuencia tienen buen resultado, más en cuanto práctica, que como teoría bien desarrollada. Hay que tomar lo bueno, y adaptarlo a los programas de formación cristiana. Pero también se debe respetar la originalidad absoluta de la pedagogía de la fe, y no comprometer la integridad de sus exigencias insistiendo en alguna práctica o teoría determinadas.

En todo caso, al insistir en el método, en la práctica, en la experiencia vivida, etc. ... no se deben descuidar, de ningún modo, la doctrina y la enseñanza auténtica. La ortopraxis no puede desligarse de la ortodoxia ya que, en la vida de la fe, la verdad y el amor van juntos.

PROPOSICIÓN N. 6

LA VIDA EN LA FE SIRVE PARA FORMARSE

Las comunidades apostólicas se denominan « comunidades de hermanos » (*1 P 5, 9*; cf. *2, 17*), pues sus miembros deben estar unidos mediante la caridad y el « mutuo amor » (*Rm 13, 8*; cf. *Jn 13, 34; 15, 12.17; Ga 5, 13* y muchas expresiones semejantes). En el Nuevo Testamento, este amor se distingue —no sin razón— del « amor al prójimo »: se llama « amor fraterno ». Así, por ejemplo, se dice:

— « ... Amándoos cordialmente los unos a los otros... » (*Rm 12, 10*);

— « Permaneced en el amor fraterno » (*Hb 13, 1*);

— « Habéis purificado vuestras almas, obedeciendo a la verdad, para amaros los unos a los otros sinceramente como hermanos » (*1 P 1, 22*).

Los primeros cristianos estaban convencidos de que la comunidad de los que se hallan unidos a Cristo debía tener una cualidad especial – no sólo por la raíz común en Aquél en quien se encarnó el Amor de Dios por los hombres, sino también por razones misioneras y apostólicas. Como lo dice la segunda Carta de Pedro (*2 P 1, 7*): « A la piedad (hay que añadir) el amor fraterno, al amor fraterno la caridad ». Por esto las comunidades y grupos eclesiales no deben convertirse en estructuras

organizativas, ni degenerar en meras unidades administrativas. En ellos debe, por el contrario, subrayarse y desarrollarse el aspecto de fraternidad. El que se considera como « hermano », debe permanecer en el amor fraterno (1 P 3, 8).

Quizá se pueden precisar mejor algunos elementos de este aspecto:

1. « La multitud de los creyentes no tenía sino un solo corazón y una sola alma » (Hcb 4, 32). Cada grupo eclesial deberá vivir y actuar en vista del todo (parroquia, diócesis, Iglesia universal). Las asociaciones y los grupos particulares no deben aislarse en conventículos. La relación con el todo adquiere fuerza de convicción sólo si asume un aspecto tangible y no se limita a declaraciones de intenciones.

2. « No había entre ellos ningún necesitado » (Hcb 4, 34). Toda organización comunitaria que pretenda vivir en fraternidad debe estar dispuesta a prestar ayuda material y espiritual. El auxilio brindado a los hermanos y al prójimo, sea éste quien fuere, es la respuesta precisa a la riqueza de la salvación gratuita en Jesucristo.

3. « Partían el pan... y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón » (Hcb 2, 46). La alegría espiritual de estar juntos transforma en fiesta cualquier reunión – por modesta que ella sea. La acción del Espíritu del Señor se manifiesta en esta alegría (cf. Ga 5, 22).

El aspecto de fraternidad impide que, en la Iglesia, la profundización de la fe degeneren en « curso de entrenamiento »; la liturgia eucarística, en « acontecimiento cultural » con carácter objetivo, y el apostolado, en « administración ». La Iglesia va languideciendo cuando la escucha de la Palabra de Dios y la celebración eucarística no tienen como efecto el amor fraterno y no llevan a una vida comunitaria viva y de hermanos (cf. H. Schürmann).

La eclesiología de comunión del Concilio Vaticano II ha profundizado el sentido de pertenencia a la Iglesia y de la dignidad de los fieles laicos, fomentando su participación en la misión de la Iglesia y su colaboración con los obispos, sacerdotes y religiosos, fuente de enriquecimiento mutuo entre los distintos ministerios y carismas. El estilo colegial de la Iglesia es, de por sí, una escuela permanente de formación para los laicos y pone de relieve la relación

especial que existe entre su vida de oración y de reflexión, y las actividades de su vida diaria. Estas se enriquecen mutuamente. El único Espíritu de Dios se halla presente en ambas para renovarlas, santificarlas y realizar en ellas el discernimiento necesario.

En otras palabras, la enseñanza del Concilio procura hacer comprender a los laicos que —como tales— ellos son realmente una parte de la Iglesia, y los exhorta a que asuman, cada día, la parte de responsabilidad inherente a su vocación en el mundo. Por esto es necesario poner de manifiesto, de modo específico y adecuado, el sentido de su participación en la vida eclesial, y actualizar en forma pertinente esta formación para ayudarles a superar toda sensación de alejamiento de la Iglesia. Por otra parte, además, hay que encontrar los medios para promover su responsabilidad específica, pues sólo al asumirla pueden tener una conciencia cada vez más clara de su vocación de cristianos laicos.

La participación en la comunidad cristiana es algo muy importante para la formación espiritual de los laicos. En ella pueden comunicarse sus experiencias y sostenerse mutuamente; recibir la enseñanza o los consejos necesarios y unirse a otros para prestar servicio al prójimo – esto es parte integrante de una sana formación espiritual.

Los varios consejos pastorales, instituidos después del Concilio Vaticano II para ayudar a la jerarquía en sus responsabilidades pastorales hacia el pueblo de Dios, favorecen la colaboración entre sacerdotes, religiosos y laicos y, por tanto, son lugares de formación. En ellos se estudian y se preparan los programas de pastoral que se habrán de realizar a nivel diocesano o parroquial; se buscan y examinan todos los medios para crear y mantener comunidades dinámicas y se ayuda a coordinar las distintas asociaciones e iniciativas de los laicos. Es necesario, pues, formar a los que los integran para que, basados en su propia experiencia, den una aportación adecuada para la realización de una verdadera pastoral de conjunto.

Las asociaciones de fieles, y sobre todo de laicos (organizaciones, movimientos, fraternidades), por ser « lugares » de comunión eclesial, son también centros de formación. Al servir a la misión de la Iglesia en el mundo, ellas permiten una acción apostólica general

en los distintos ambientes de vida, con varias categorías de personas y a nivel nacional e internacional (cf. AA, 19). Al tratar de dar una respuesta a las necesidades y a las aspiraciones fundamentales de los hombres y mujeres de nuestro tiempo, ellas forman a sus miembros con este objeto, utilizando diversos medios: el estudio de la Biblia y de la doctrina social de la Iglesia; el análisis de las distintas situaciones, y reflexiones y celebraciones comunitarias. Un cierto número de tales asociaciones de laicos corresponde a la definición de Acción católica dada por el decreto conciliar sobre el apostolado de los seglares (cf. AA, 20).

Así, bajo muchos aspectos, la formación de los laicos se realiza en la « acción », en « la capacitación en el trabajo », en un cierto número de organismos. Es un medio particularmente adecuado. Y, para ellos, es la manera de aprender, en todas las circunstancias de la vida, a establecer, más y más, una unidad entre la vida del Espíritu que mora en ellos y su vida diaria en la familia y el trabajo; en su compromiso cívico, sus relaciones y los momentos de recreo.

PROPOSICIÓN N. 7

LA COMUNIDAD CRISTIANA ES EL LUGAR DONDE SE REALIZA LA FORMACION

Después del Concilio Vaticano II, se ha vuelto familiar para todos nosotros el mensaje bíblico del « sacerdocio común de los fieles ». « Vosotros sois linaje elegido, sacerdocio real, nación santa », se lee en la primera Epístola de Pedro (2, 9). Este paso de la Escritura lleva a la definición fundamental de la Iglesia como « Pueblo de Dios », tal como la formula la Constitución dogmática sobre la Iglesia. La redacción griega del Nuevo Testamento se inspira aquí en la Biblia de los Setenta, traducción griega del original en hebreo, hecha en Egipto en el segundo siglo (cf. Ex 19, 4-6).

Si se examina con más cuidado la versión griega, llama la atención, cuando se define el sacerdocio de los fieles, el empleo de un término: « hierateuma » que no existía en el griego profano. Esto, para subrayar su significado específico de « elemento corporativo » del tal sacerdocio.

Así, pues, el sacerdocio de los miembros del pueblo de Dios corresponde al individuo en cuanto éste hace parte de la comunidad de los creyentes. No tiene un sentido individual, sino colectivo.

Por otra parte, el sentido de estos versículos coincide exactamente con la conciencia comunitaria que hay en la Iglesia de nuestros días: como la comunidad yahvista de Alejandría, de la que surgió la versión de los Setenta, la comunidad del Nuevo Testamento de Jesucristo se considera también estrechamente unida en medio de un ambiente pagano. Pero esta comunidad no permanece encerrada entre cuatro paredes. Se abre al « mundo » para anunciar las « grandes obras de Dios » mediante su « conducta ejemplar »; y « a la vista de sus buenas obras » (1 P 2, 12) los no creyentes y los que están alejados se sentirán atraídos. El testimonio de vida en una comunidad desinteresada es el mejor apostolado.

La comunidad cristiana es el lugar por excelencia para la formación. Aunque ésta sea algo muy personal, se realiza en la comunidad y con ella: tiene un carácter eclesial. Todo programa de formación, por tanto, debe considerar a los miembros de la comunidad como personas y, al mismo tiempo, a la comunidad de la que hacen parte tales miembros, pues la santidad de la una influye en la santidad de los otros. La fe cristiana no puede ser plenamente personal si no es plenamente comunitaria.

La comunidad cristiana se construye sobre la comunidad humana. Por consiguiente, todo desorden de la comunidad humana es un desafío para el trabajo de formación de la comunidad cristiana.

Para el cristiano, la familia es la escuela de formación fundamental y más importante. La influencia de los padres en la vida del niño es básica, total y sin igual. Por consiguiente, es preciso fomentar con ardor el ideal y la práctica de una vida familiar cristiana. La decadencia moral en el campo sexual, del matrimonio y de la vida de familia que reina en la actualidad, representa, para la formación cristiana, la amenaza más seria que la Iglesia está llamada a afrontar.

Otros lugares de formación son la amplia gama de escuelas católicas, de centros de educación y de programas de catequesis. En cuanto a la parroquia, la Iglesia le sigue dando importancia como

centro de formación de los fieles en conjunto. Esto requiere una constante renovación de la vida parroquial.

Después del Concilio Vaticano II, sobre todo, se han multiplicado, entre los cristianos, las pequeñas comunidades. Pueden tener aspectos diferentes: desde grupos reducidos de intercambio, hasta comunidades eclesiales de base. Se trata de un fenómeno mundial que trasciende las condiciones sociales, políticas, económicas y culturales.

Estas pequeñas comunidades – la exhortación apostólica *Evangelii Nuntiandi* (n. 58) dio criterios muy claros para definir su carácter eclesial – hacen que la Iglesia esté presente, como comunidad, en forma viva y personal. Fundamentalmente, estos grupos oran, leen la Escritura, se prestan servicio unos a otros y ayudan a las comunidades en las que viven. Enriquecen, al mismo tiempo, a la familia y a la parroquia. A veces surgen de comunidades humanas ya existentes; otras veces son organizados por las llamadas nuevas realidades eclesiales de los laicos o hacen ya parte de su vida comunitaria; otras veces, en fin, son apoyados directamente por la parroquia y por la diócesis; y a veces brotan espontáneamente.

La existencia de tales grupos da la posibilidad a sus miembros de establecer una relación entre su vida cristiana y su vida diaria y, por tanto, de responder mejor a su vocación de laicos. Estas formas de vida comunitaria contribuyen, en gran medida, a la formación de los laicos y por ende a la renovación eclesial. Es un carisma que les es peculiar y que deben desarrollar en comunión con todos los demás miembros de la Iglesia y en unión con su propio obispo y con el Santo Padre. Es importante, pues, que sus responsables reciban una formación adecuada, para cumplir con tal fin.

PROPOSICIÓN N. 8

LA FORMACION DE LIDERES LAICOS ES UNA REALIDAD Y UNA RESPONSABILIDAD ECLESIAL

No cabe duda, según el Nuevo Testamento, de que no obstante la igual llamada a todos los elegidos, algunos discípulos de Jesús tienen una responsabilidad particular. Un tal « principio de gobierno » es válido más allá del hecho que en él se base el ministerio de la Iglesia. Aún hoy, están vigentes las indicaciones del Nuevo Testamento sobre los fundamentos que rigen la asunción de las responsabilidades preeminentes: éstas se aplican también a los líderes laicos.

La primera condición es que aquellos que son enviados por el Señor para dar testimonio del Evangelio, se sienten a sus pies y escuchen su Palabra (cf. *Lc* 10, 38-42). El testigo que escucha y aprende debe permanecer junto a Jesús para que se pueda aprender, también de él, qué se debe hacer para « tener en herencia la vida eterna » (*Mc* 10, 17-21). La comunión con el Señor puede ser una oportunidad para conocer el misterio del Reino de Dios, mientras « a los que están fuera todo se les presenta en parábolas » (*Mc* 4, 11).

Jesús mismo tenía la costumbre de resumir su predicación en breves frases para que sus discípulos pudieran grabarse en la memoria fácilmente la substancia de su mensaje, en forma de versos. Ese resumen les servía para transmitirlo, a su vez, pues sólo quien conozca bien este mensaje puede anunciarlo.

En fin, los que estuvieron con Jesús, tuvieron la posibilidad de adquirir el estilo que El quería ver en sus discípulos. Estos debían seguir su ejemplo:

— « Yo estoy en medio de vosotros como el que sirve » (*Lc* 22, 27; cf. *Jn* 13, 1-17).

— « Las zorras tienen guaridas y las aves del cielo nidos; pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza » (*Lc* 9, 58).

— « Vosotros sois los que habéis perseverado conmigo en mis pruebas » (*Lc* 22, 28).

— « Si a mí me han perseguido, también os perseguirán a vosotros » (*Jn* 15, 20).

El conocimiento del mensaje de Jesús está necesariamente vinculado a su anuncio. El Señor está tan compenetrado de su

misión mesiánica, que no puede imaginarse a sus discípulos sino como colaboradores en esta misión: « El que no recoge conmigo, desparrama » (Lc 11, 23).

Los laicos no pueden recibir una formación para cumplir su misión esencial en la Iglesia y en la sociedad, si no existen líderes capaces de formarlos. Para esto, es necesario que los responsables, en la Iglesia —sacerdotes, religiosos y laicos— tengan una misma idea de su misión en cuanto a la formación de los laicos.

El fin más elevado de toda formación cristiana —que debe servir de base para toda actividad de formación— es el de preparar evangelizadores. Deberá llevarse a cabo mediante una formación especial y específica. Todos los miembros de la comunidad católica — y principalmente los líderes laicos, deberán adquirir una conciencia siempre mayor de su responsabilidad de evangelizadores.

En la actualidad, esos líderes se forman en los movimientos y asociaciones de seculares, en las organizaciones de apostolado, en colegios y universidades y mediante programas de formación general de laicos o para los ministerios laicales. Su participación en el desempeño de responsabilidades, en la Iglesia y en la sociedad, contribuye también a su formación.

La diócesis tiene una tarea muy importante en ese campo: coordinar, de manera eficaz, los trabajos de programación; organizar programas de formación apropiados; ayudar a la formación de los líderes de los distintos movimientos, parroquias y organizaciones. La parroquia, por su parte, deberá integrar a la formación que ella puede brindar, la que ofrecen los movimientos y asociaciones. La experiencia enseña, al respecto, que los programas de formación de laicos, tanto diocesanos como parroquiales, son particularmente eficaces cuando se desarrollan en el contexto de la misión de la Iglesia, es decir, de la evangelización.

Muchos programas de formación de los laicos están centrados en la preparación de éstos últimos a un servicio en la Iglesia. Esta preparación es importante; sin embargo, no se debe olvidar —en razón del carácter peculiar de la vocación de los laicos— que es indispensable y necesario prepararles a que den testimonio y a que

presten un servicio en la Iglesia. Este tipo de formación es vital para la misión de la Iglesia en el mundo. Por lo tanto, la formación a la vida política, social, económica, cultural e internacional deberá considerarse como parte indispensable del trabajo de formación de los laicos que realiza la Iglesia. Las instituciones de enseñanza católica, los movimientos, las asociaciones y organizaciones de laicos están especialmente calificados para preparar a los laicos a este testimonio y a este servicio en el mundo. En especial, las asociaciones y organizaciones profesionales representan para la Iglesia posiciones de avanzada de importancia vital en el mundo de la cultura, de la ciencia, de la economía, de los negocios, de la política, etc. ... Donde no existan tales organismos, la comunidad eclesial sacerdotes, religiosos y laicos — tendrá que emprender una acción conjunta para crearlos.

PROPOSICIÓN N. 9

LA FORMACION DE LA JUVENTUD SIENTA LAS BASES PARA UN COMPROMISO DE FE QUE DURA TODA LA VIDA

« La ansiosa espera de la creación desea vivamente la revelación de los hijos de Dios. La creación, en efecto, fue sometida a la vanidad... en la esperanza de ser liberada... para participar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios » (Rm 8, 19-21).

El Papa Juan Pablo II se refiere a este versículo de la Biblia en su *Carta a los jóvenes y a las jóvenes del mundo con ocasión del Año Internacional de la Juventud*, proclamado en 1985 por la ONU. Para el Santo Padre, en efecto, la esperanza está en la juventud, pues la esperanza está siempre unida al futuro, y la juventud pertenece al futuro así como el futuro pertenece a la juventud. Por esto « la Iglesia atribuye una especial importancia al período de la juventud como una etapa clave de la vida de cada hombre » que decidirá el porvenir de los pueblos y de las sociedades; de las familias, de la humanidad y de la Iglesia (cf. n. 1).

Si el futuro y la juventud están íntimamente relacionados, la razón no se debe buscar en el simple curso de la historia, en el que a un « hoy » sigue un « mañana ». El futuro depende

de los jóvenes porque las categorías éticas de la juventud de hoy, el concepto que ella tiene de la fe y la idea que se hace de Dios, determinarán el horizonte moral y espiritual de la humanidad y de la Iglesia del mañana. Así, pues, el interés de la Iglesia por los jóvenes no sólo es en vista de su bien, sino también con miras al propio, y al de toda la humanidad.

Además, dice el Papa: « todos miramos hacia vosotros, porque todos nosotros en cierto sentido volvemos a ser jóvenes constantemente gracias a vosotros » (n. 1). La juventud no es, pues, prerrogativa de la joven generación, que ella debe mantener y de la que debe gozar en forma egoísta. La juventud es « un bien especial de todos. Un bien de la humanidad misma » (n. 11).

Los jóvenes, por tanto, no pueden nunca ser el objeto de la formación. Es necesario escuchar su voz para poder hacer un análisis de nuestro tiempo; y se deberán tener en cuenta sus opiniones para lograr una correcta orientación para el porvenir.

En estos momentos de la historia de la Iglesia los jóvenes representan una ocasión privilegiada de gracia. Cada vez más numerosos, ellos crecen en un mundo asediado por retos sin precedentes. Y estos jóvenes de hoy son la esperanza de la Iglesia.

Por todos estos motivos, ellos deben recibir una formación permanente y profunda que ponga bases sólidas para que ellos maduren continuamente en un compromiso de fe que dure de por vida.

Uno de los objetivos principales de su formación es ayudarles a descubrir el plan de Dios en sus vidas y orientarles en la elección de su vocación. Con este objeto, la comunidad eclesial deberá sostener una catequesis viva y vivificante relativa a los ideales de la vocación religiosa, del sacerdocio y del matrimonio.

Los jóvenes crecen en el conocimiento de sí mismos, de los demás y de Dios, cuando su vida, hoy, corresponde a las exigencias de la fe. Llamados a orar, a dar testimonio y a servir, son personas que deben ser respetadas en cuanto tales. Por lo mismo que están llenos de energía, y son generosos y sensibles a los valores del amor, de la justicia y de la paz, se les deberán proponer grandes ideales, a los que puedan responder libremente y en forma creativa. Los que trabajan en su formación deben insistir en que

también los jóvenes son responsables de su propia formación: lo prueba la existencia de múltiples asociaciones juveniles en todos los niveles.

Los adultos cuya vida es un verdadero ejemplo de fe cristiana tienen gran influencia en la formación de los jóvenes, pues éstos necesitan maestros auténticos para poder crecer en la fe, y aceptan y escuchan sólo a los verdaderos testigos. Pero también es cierto que los mismos jóvenes son los mejores apóstoles de los otros jóvenes y que el buen ejemplo de la juventud sirve de estímulo a los adultos. Por esto los jóvenes no deberían rehuir la parroquia, ni alejarse de ella. Su dinamismo y la sabiduría de los mayores se complementan y se enriquecen mutuamente.

Los programas de formación de la juventud deberán, en lo posible, responder a las necesidades de los jóvenes de hoy y, en especial, a su más profunda aspiración: la búsqueda de Dios. Por consiguiente, estos programas lograrán su intento sólo si se hallan centrados en Cristo, y en la Iglesia como sacramento de la presencia de Cristo en el mundo.

PROPOSICIÓN N. 10

LA FORMACION EN CONTEXTOS ESPECIFICOS REPRESENTA UN DESAFIO PARA LA FE Y UN DON PARA LA IGLESIA

Quien, en nombre del Evangelio, quiera sustraerse a sus deberes hacia el mundo y hacia la sociedad, incurriría en el reproche del apóstol de los gentiles: « Estando entre vosotros no vivimos desordenadamente, ni comimos de balde el pan de nadie, sino que día y noche con fatiga y cansancio trabajamos para no ser una carga a ninguno de vosotros (2 Ts 3, 7-8). Desde luego, están también en el error aquellos que se dejan acaparar por « las preocupaciones del mundo y la seducción de las riquezas » (Mt 13, 22). Por esto la Constitución sobre la Iglesia en el mundo actual insiste en la armonía que debe reinar entre la fe y el comportamiento diario y considera « el divorcio entre la fe y la vida diaria como uno de los más graves errores de nuestra época » (GS, 43).

Lo que vale para el creyente, individualmente, vale también para la Iglesia: ella procura, a través de los cristianos, sostener el trabajo creativo del hombre. Los laicos tienen en esto una posición clave. Como ciudadanos del mundo deben cumplir las leyes propias de cada disciplina y esforzarse por adquirir verdadera competencia en esos campos. Fortalecidos por esta última, y por una conciencia bien formada, deberán lograr que la ley divina quede grabada en la ciudad terrena. Pero si esperan, con razón, una ayuda por parte de los sacerdotes en este servicio, éstos no están en condiciones de dar una solución concreta e inmediata a todo problema, ni tampoco es su misión (cf. *ibid.*).

Por otra parte, la Iglesia recibe también una ayuda del mundo contemporáneo para cumplir su misión: la experiencia del pasado, el progreso científico, los valores de las diversas culturas y un mejor conocimiento de la verdad, han indicado a la Iglesia nuevos caminos, como desde luego en el pasado. Ella tuvo que aprender a expresar el mensaje cristiano de acuerdo con los conceptos y en la lengua de cada pueblo y además a ilustrarlo con el saber filosófico de ese tiempo. Aún en el día de hoy, ella necesita un intercambio con las diversas culturas y, por tanto, « necesita de modo muy peculiar la ayuda de quienes por vivir en el mundo... conocen a fondo las diversas instituciones y disciplinas y comprenden con claridad la razón íntima de todas ellas ». Ciertamente, esto no puede servir al anuncio del Evangelio sino con la ayuda del Espíritu Santo, que da la posibilidad de « discernir e interpretar las múltiples voces de nuestro tiempo y valorarlas a la luz de la palabra divina » (GS, 44).

La formación se realiza en contextos sociales, económicos, políticos y culturales específicos y puede llevarse a cabo de manera plena y eficaz sólo si se identifican, se comprenden y se examinan en forma crítica —a partir de los valores de la fe cristiana— los presupuestos de vida en que se basan tales contextos. Es así que los que se están formando deben poder reflexionar, tomando una cierta distancia con relación a la sociedad en que viven, para llegar a darse cuenta de cómo han asumido esos valores en su vida y para comenzar a comprender cómo pueden cambiarse a sí mismos y a la sociedad manteniendo, fomentando y transformando, a la luz de la fe, lo bueno que existe en cada contexto.

En medio de la diversidad cultural de nuestros días, los creyentes deben arrostrar problemas que son comunes a muchas culturas, por ejemplo, la desaparición de la fe en Dios; el materialismo; la desintegración de la vida familiar (convivencia sin matrimonio, hogar con uno solo de los padres, aborto, divorcio, pornografía, etc.); la violencia como medio para lograr el cambio político; la eutanasia, etc.

Frente a estos problemas, fortalecidos por las riquezas que les da la fe, los cristianos deberán intervenir en todos los campos de la cultura y de la vida como agentes positivos de cambio y de transformación, y los programas de formación deberán ayudarles a convertirse en artífices de la civilización del amor.

Gran parte de estos programas se elaboran para responder a las necesidades locales, o de una cierta sociedad o cultura. Por consiguiente, no se pueden trasladar a otros lugares, sociedades o culturas sin una adaptación previa. Sin embargo, los programas que dan buenos resultados en un caso determinado representan una riqueza que debe ser compartida con toda la Iglesia. Lo que tienen en común los cristianos, a nivel de la experiencia, es mucho más importante que aquello que los distingue.

PROPOSICIÓN N. 11

LA FORMACION ES PARA TODOS LOS LAICOS Y LES CONCIERNE A TODOS

Así ora Pablo por la comunidad de Filipos: « Que vuestro amor siga creciendo cada vez más en conocimiento perfecto y todo discernimiento, con que podáis aquilatar lo mejor para ser puros y sin tacha para el Día de Cristo, llenos de los frutos de justicia que vienen por Jesucristo, para gloria y alabanza de Dios » (*Flp* 1, 9-11).

El apóstol se dirige a Dios en un lenguaje solemne. No quiere criticar a su comunidad, sino sólo recordarle que la vida del cristiano está siempre en movimiento y que si no progresa, se debilita. Nadie ha logrado llegar hasta el máximo de sus posibilidades. Nadie, pues, debería detenerse o resignarse. El

amor siempre puede seguir creciendo en conocimiento y perspicacia.

Para Pablo, este crecimiento es una característica de la llegada de Cristo:

— excelencia en todo: en fe, en palabra, en ciencia (cf. 2 Co 8, 7);

— sobreeminencia de gloria del nuevo ministerio respecto al antiguo (cf. 2 Co 3, 9);

— sobreabundancia de la acción de gracias de la comunidad (cf. 2 Co 4, 15) y para toda buena obra (cf. 2 Co 9, 8).

Esto se opone a cualquier forma de pereza y de autosatisfacción.

En la carta a los Filipenses, el apóstol insiste nuevamente en la necesidad del crecimiento en el conocimiento intelectual. La comunidad no puede actuar de manera irreflexiva, sino vigilante y teniendo en cuenta todas las circunstancias; siempre con tacto y perspicacia, con esa sagacidad que enseña a obrar correctamente en la vida práctica y a comportarse, en toda situación, con orden y reflexión. De este modo, tanto el individuo como la comunidad, podrán responder a la esperanza del mundo y el Evangelio tendrá siempre más credibilidad.

Esta actitud hace presentir la llegada del Día de Cristo, en la que se encontrará a los cristianos limpios y sin mancha. Y la justicia dará sus frutos, que no serán sólo producto del trabajo del hombre: éste estará listo para recibirlos; le llegarán como herencia cuando se someterá al poder de la vida de Jesucristo. Así se realiza la santidad de todo cristiano.

«En el camino que llega a Dios, el que no adelanta retrocede. Como el niño que no crece, no sigue siendo niño y se queda enano; como el principiante que no toma a tiempo el camino del progreso: éste ya no es principiante, pero es un alma retardada. Ah! parece que gran parte de las almas se encuentran en el grupo de las retardadas!» «La mayor parte de los santos y de las almas piadosas que han llegado a la perfección han pasado por dos conversiones: la primera, cuando se han entregado a servir a Dios; la segunda, cuando se han consagrado enteramente a la perfección... Esta segunda conversión no se da en todas las almas piadosas debido a su indolencia» (L. Lallement).

Todos los laicos tienen necesidad de una formación. Es decir, cada cual la considera necesaria y, además, un derecho, aunque tenga

que responder a distintas exigencias, según las personas (sus capacidades, edad y condición social), el tiempo, el lugar, etc.

La formación de los laicos procura, ante todo, desarrollar en cada uno sus dones particulares, ya sean notables o muy simples. No es un privilegio de los que tienen talento, pues la Iglesia tiene necesidad de los dones de todos los creyentes para cumplir su misión de manera eficaz. Así como una formación sólida y auténtica de los sacerdotes y de los religiosos redundará en beneficio del laicado, igualmente, un laicado bien formado ofrecerá a los sacerdotes y a los religiosos unos buenos colaboradores en la viña del Señor.

Aquellos que ejercen alguna responsabilidad en la Iglesia, principalmente los sacerdotes y los obispos, deberán creer que la vocación de los laicos es una realidad viva y exhortarlos a todos a responder a la llamada del Señor. Por esto, los planes de estudio de los seminarios deberían incluir un curso sobre la formación de los laicos, y éstos últimos tener derecho a dar su opinión sobre el contenido y el desarrollo de los programas de formación del clero y de los religiosos.

La formación de los laicos, sin embargo, se distingue de la que reciben los sacerdotes y los religiosos; por una parte, para tener en cuenta la diferencia esencial, y no sólo de grado, entre el sacerdocio común de los fieles y el sacerdocio ministerial (cf. LG, 10); y, por otro lado, para poder dar a los unos y a los otros lo que ellos tienen el derecho de esperar para prepararse a responder a su vocación peculiar; ésta, en los sacerdotes, está orientada hacia la pastoral (cf. OT, 4); en los religiosos, hacia la práctica de los consejos evangélicos (cf. PC, 2) y, en los laicos, hacia el apostolado «en el seno de las realidades temporales» (AA, 29).

Como todos están llamados a trabajar juntos, los programas de formación de los laicos serán tanto más eficaces en cuanto serán elaborados y realizados por equipos competentes de sacerdotes, religiosos y laicos, en los que cada cual desarrollará su propia tarea con espíritu de cooperación, de coordinación y de unidad.

Hay que distinguir las diferentes categorías de los programas de formación: básica, de líderes, y de grupos particulares, como los padres de familia, los jóvenes, los grupos profesionales, los analfabetas, los minusválidos, etc. Pero la más importante es la formación

básica, pues es el fundamento de todo programa de formación. El término « formación básica » se utiliza para indicar aquella formación que ayuda, en alguna forma, a vivir lo esencial de la fe cristiana. Esto significa, entre otras cosas, alejarse del pecado; mantener una relación constante con Dios Padre en Jesucristo y por El, y amar al prójimo mediante la oración, el testimonio y el servicio.

Si se tiene en cuenta que la formación es un proceso que nunca se llega a completar, la pastoral clásica (catequesis de niños y de jóvenes; misas y homilias; preparación a los sacramentos; confesión, etc.) no es suficiente, casi nunca, para dar una formación completa y coherente, y que sobre todo responda a las necesidades, problemas o asuntos específicos de los adultos en función de su edad.

PROPOSICIÓN N. 12

EL TESTIMONIO DE UNA VIDA CRISTIANA FORMA A LOS DEMÁS Y PRODUCE UNA MADURACION CONSTANTE EN QUIEN LO DA

« No son los áridos manuales, aunque contengan verdades indiscutibles, los que pueden hacer comprender al mundo la verdad del Evangelio de Cristo, sino más bien la existencia de santos llenos del Espíritu de Cristo. Cristo no ha pretendido ninguna otra apologética » (H. U. Von Balthazar).

El testimonio personal es indispensable para la transmisión de la fe. Debemos, de nuevo, tomar conciencia de esto y ponerlo de relieve en esta época en la que la comunicación está cada vez más mecanizada. Sólo el testimonio personal, en efecto, puede hacer brillar la chispa que inflama. Pues el hombre no se siente atraído por la verdad abstracta, ni se deja convencer por los signos espectaculares, ni tampoco seducir por un principio poderoso. Por importante que pueda ser todo esto, « si el hombre aprende, poco a poco, a discernir los signos y a captar las palabras y se apega —siempre más— a las verdades que se le presentan, entonces busca, y encuentra, mediante esos signos, palabras y verdades, a una persona que lo llama y a la cual él responde » (J. Mouroux).

Así, pues, el camino del hombre hacia la santidad, y el ejemplo de los santos, serán los modelos decisivos para la formación del apóstol cristiano. Y la Madre de Dios responderá por él. Al volverse hacia María, los miembros de la Iglesia penetran en el misterio de la encarnación de Cristo y llegan a ser siempre más semejantes a El. Y como María lleva en su corazón la historia de la salvación, ella une en sí y refleja las más grandes afirmaciones de la fe; manda a los creyentes a su Hijo y a su sacrificio, y luego al amor del Padre. « Por eso también la Iglesia, en su labor apostólica, se fija con razón en aquella que engendró a Cristo... para que también nazca por medio de la Iglesia en las almas de los fieles. La Virgen fue en su vida ejemplo de aquel amor maternal con que es necesario que estén animados todos aquellos que, en la misión apostólica de la Iglesia, cooperan a la regeneración de los hombres » (LG, 65).

El testimonio de una verdadera vida cristiana es el medio más poderoso para la formación. Es algo indispensable e irremplazable. Lo que se hace, y lo que se es, es mucho más importante que lo que se dice. Las palabras, en efecto, deben estar corroboradas por los actos. El testimonio cristiano se desprende tanto de la vida de cada cristiano, como de la vida de la comunidad. El testimonio de una verdadera vida cristiana es, para los demás, un modelo, una norma, un ideal que se debe imitar; interpreta el mensaje cristiano, de manera concreta y comprensible, despertando en ellos el deseo de acercarse a Cristo. En otras palabras, hace que el mensaje cristiano sea real y personal. Las personas cuyas vidas constituyen un modelo ejercen una influencia importante en la formación, no sólo de los jóvenes, sino de todos los cristianos. El principio según el cual los actos hablan más que las palabras es válido en cualquier relación, no sólo en aquella entre padres e hijos. La autenticidad, la honestidad, la sinceridad y la sencillez son características esenciales del testimonio cristiano.

Entre los testigos que la Iglesia presenta como modelos a los fieles laicos, ocupan un lugar especial la Virgen María y los santos. Al contemplar a María, los cristianos están invitados a progresar continuamente en la fe, la esperanza y la caridad; a buscar cuál es la voluntad de Dios y a cumplirla en todo; a penetrar, siempre más,

en el misterio de Cristo y a unirse cada vez más a El. En María, y en los santos, Dios mismo habla a los hombres y mujeres de nuestro tiempo, mostrándoles el camino que —a través de todas las vicisitudes del mundo— las transformará perfectamente, a imagen de su Hijo, en mensajeros y constructores del Reino. Este testimonio de vida de María y de los santos es siempre actual. « Atrae, interpela y fascina, puesto que manifiesta una experiencia humana transparente, colmada por la presencia de Cristo, el Hijo de Dios, el Santo por excelencia “que ha vivido nuestra condición de hombres en todo, menos en el pecado” » (Juan Pablo II, a la X Asamblea plenaria del Pontificio Consejo para los Laicos, 7.6.1986).

El testimonio de una verdadera vida cristiana es importante no sólo para la formación en el interior de la comunidad de los creyentes, sino aún más para la evangelización de una sociedad más amplia. Así como la formación forma a los formadores, de la misma manera la evangelización sigue evangelizando al evangelizador. De esta manera, la formación de los laicos prosigue cuando éstos, con su vida cristiana ejemplar, dan testimonio ante los demás, y este llamado a dar testimonio ante los otros les obliga a que hagan crecer, cada vez más, su relación con Cristo, estimulándolos, por tanto, a profundizar constantemente su fe.

Por consiguiente, la formación de los laicos deberá orientarse hacia la práctica de la vida cristiana en lo diario y en el contexto de realidades como la familia, la escuela, el trabajo, la profesión, la política, el arte, etc. ... El amor al prójimo manifestado de manera concreta; la acción social y, sobre todo, el servicio a los pobres y a los desheredados, son parte esencial de la vida cristiana de los laicos. Su formación, sin embargo, no deberá orientarse sólo hacia la acción como tal, sino hacia formas de acción relacionadas con sus inquietudes de laicos deseosos de dar testimonio de Cristo en la vida diaria. Esto supone un justo equilibrio entre la teoría y la práctica en todo el proceso de la formación, y no excluye ninguna de sus dimensiones; más bien, da a cada una de ellas un punto de convergencia.

Abreviaciones	3
Introducción	5
Tres objetivos de la formación de los laicos, <i>Card. Eduardo Pironio</i>	9
Red de relaciones que contribuyen a la formación, a la luz del Nuevo Testamento, <i>Mons. Paul J. Cordes</i>	19
Formación de los laicos. 12 proposiciones	27
1. Los fines de la formación se unifican en un objetivo general: seguir a Cristo	29
2. La llamada a la conversión se halla en el corazón mismo de la formación	31
3. La formación de los laicos se basa en la palabra de Dios y en la vida sacramental	33
4. El contenido de la formación se desprende de una fe viva y encuentra su expresión en ella	35
5. Los métodos utilizados en la formación están al servicio de la vida de la fe	37
6. La vida en la fe sirve para formarse	39
7. La comunidad cristiana es el lugar donde se realiza la formación	42
8. La formación de líderes laicos es una realidad y una responsabi- lidad eclesial	45
9. La formación de la juventud sienta las bases para un compro- miso de fe que dura toda la vida	47
10. La formación en contextos específicos representa un desafío para la fe y un don para la Iglesia	49
11. La formación es para todos los laicos y les concierne a todos	51
12. El testimonio de una vida cristiana forma a los demás y pro- duce una maduración constante en quien lo da	54

TIPOGRAFIA POLIGLOTA VATICANA